

Palabras del Académico Presidente Doctor Marcelo Urbano Salerno el día 17 de junio de 2015, apertura del acto de la conferencia del Académico Titular Dr. Jorge Reinaldo Vanossi sobre el tema: De la dificultad en abordar un debate racional sobre la superación del “Medianejo”.

Señoras y Señores Académicos,

Señor Presidente de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales,

Señor Representante de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales,

Señoras y Señores

He seguido la trayectoria intelectual del académico Doctor Jorge Reinaldo Vanossi desde hace varias décadas, mediante la lectura de sus escritos y la asistencia a las disertaciones que pronunció en prestigiosas tribunas. El rasgo característico de su labor en el campo de la ciencia jurídica es su honestidad, virtud que revela una gran fuerza de ánimo y conocimientos acrisolados en la mente. Asumió un compromiso cultural que lo cumple sin descanso, pacientemente, para defender las normas rectoras del constitucionalismo inspiradas en la legislación comparada que domina previa búsqueda de los textos más novedosos.

La vocación por el derecho lo mantiene en su plenitud vital, sin amedentrarse por

acontecimientos que suelen poner a prueba a las inteligencias más lúcidas. Frente a lo previsible, y a veces inevitable, formula el juicio sereno y reflexivo sin que nada lo perturbe, ni se distraiga en cuestiones menudas. Su opinión siempre merece ser escuchada, máxime en circunstancias críticas, porque encara con método riguroso la solución de los problemas más intrincados.

Hoy asistiremos a una exposición sobre un tema que suscita interés, en particular por el título de la conferencia. Es un expositor que preserva los derechos de la razón humana, como decían los latinos es necesario indagar la causa de las cosas: “RERUM COGNOSCERE CAUSAS”. Deseamos conocer su visión de la actualidad, pues posee dotes singulares para percibir nuevos fenómenos que emergen a nivel institucional y para denunciar con valentía las debilidades de un sistema político que parece ser impotente para encararlos.

Pocos días atrás releí uno de sus ensayos en el cual desarrolló el enfoque constitucional de la empresa. En breves líneas trazó su inquietud sobre el destino de esa organización que armoniza el capital y el trabajo. Comparto esa inquietud, puesto que el Código Civil recientemente sancionado por el Congreso, prescinde considerar ese elemento generador del desarrollo económico del país. Vanossi ha dedicado numerosas páginas a profundizar la íntima relación entre el derecho y la economía que es clave para estructurar a la sociedad moderna. Reconoce que la empresa está ubicada en el nivel de máxima jerarquía normativa, junto con el derecho dinámico de la propiedad privada, y la libre iniciativa a fin de gestionar la producción de bienes y la prestación de servicios.

Es imposible omitir esta figura de la enciclopedia jurídica, donde se reúnen todos los conceptos esenciales en torno a los cuales se regula el ordenamiento. Sin embargo, ese olvido llama la atención sobre el substrato teórico que inspira al novísimo cuerpo legal, a los fines de su futura aplicación en la órbita de los negocios empresariales. El vacío

generado deberá colmarse pronto con alguna legislación impulsora de la microeconomía, transparente, que no quede agazapada en el mercado subterráneo.

Sirvan estas palabras introductorias a esta sesión pública de la Academia, en la que el orador ha demostrado ser un jurista artesanal versado en leyes, y conocedor de los problemas que afligen a la ciudadanía.

DE LA DIFICULTAD EN ABORDAR UN DEBATE RACIONAL SOBRE LA SUPERACIÓN DEL “MEDIANEJO”*

Por Jorge Reinaldo Vanossi

“La elección de un sistema de educación es más
importante para un pueblo que su gobierno”

GUSTAVE LE BON

I.- Hay en la Argentina una serie de temas que podemos considerar, sin lugar a dudas, que son temas *tabú*. Esto está dicho en el sentido de la enorme dificultad, o casi diría de la imposibilidad, de abordarlos con un mínimo de racionalidad. Entre esos temas figura el de la educación, pero no es el único. De por sí, es uno de los más importantes; pero podríamos agregar a éste, otros temas que sufren de la misma dificultad: la viabilidad del Estado-Nación frente a los procesos de globalización que se registran en el mundo, la concepción del federalismo como forma de estado tradicional o de tipo feudal que nosotros conocemos, la democratización efectiva de los partidos políticos, y así podríamos seguir en una lista quizás no excesiva desde el punto de vista cuantitativo; pero sí muy demoledora desde el punto de vista sustantivo.

Estamos acostumbrados a disquisiciones y contiendas de bajo vuelo por lo general, y, salvo honrosas excepciones,

* Sinónimo despectivo de “medianía”, “medianeza” o “medianidad” (DRAE).

nuestras disputas giran en torno a anécdotas, chismes, meras circunstancias; y por lo general sus protagonistas oscilan entre “chupópteros” (ñoquis) y “chapuceros”. Esto quiere decir, que el debate queda en un nivel de mediocridad, ya sea por los temas que se abordan, o bien sea por los protagonistas, el lenguaje y la profundidad que éstos emplean en el intercambio de opiniones.

El tema que hoy nos convoca, que es el de la dificultad de un debate racional en torno a las “políticas públicas”, es uno de los temas que están indicando a las claras la falta de un “*shock*” de sinceramiento. Por lo general, se habla de esto con una suerte de “engaña pichanga”, ocultando la realidad del pensamiento o anticipando, ante la vista de todo el pueblo, que habrá una suerte de disloque entre el decir y el hacer, o, mejor dicho, entre el pensamiento y la acción. De las promesas electorales hasta los estudios más o menos sesudos y medulosos que se producen en momento de cumplir roles protagónicos en esta materia: allí llega la hora de la verdad; ya que en esa hora se ponen a prueba la profundidad de las convicciones o, muy probablemente, lo que entre en crisis sea la viabilidad de muchas de las propuestas ante la caparazón de resistencia, ante la verdadera muralla de prejuicios con que se trata de impedir el cambio o el avance en materia de educación, como también acontece en otras.

Todo esto a la larga ha sido una herencia de viejos *slogans*, de viejos y folklóricos dichos como aquél de “*alpargatas sí, libros no*” que tanto daño han causado a la cultura y a la educación en la Argentina. Pero debo reconocer que el mal viene de lejos, mucho más distante, y probablemente esté enraizado en alguna de las características del llamado “ser nacional”, ya que de lo contrario no encuentro una explicación que de por sí sea suficiente para explicitar un tan alto nivel de inconsciencia, o un tan alto nivel de desinterés respecto de las consecuencias catastróficas que todo esto ha producido en la Argentina contemporánea.

Ya hace muchas décadas, y con motivo de su visita a la Argentina, un famoso escritor español fue emplazado a responder la pregunta de los periodistas respecto de la impresión que le habían causado nuestros connacionales.

Jacinto Benavente –pues de él se trata- se negaba a responder ante la requisitoria insistente de los hombres de prensa; pero al borde de la nave que lo llevaba nuevamente a Europa les dio la clave: “busquen qué otra palabra puede escribirse con las mismas letras que componen la expresión argentino”. Los periodistas se reunieron de inmediato en una mesa de café y trataron de resolver el intríngulis a través de un lápiz y un papel y llegaron a una conclusión desoladora: la única expresión que podía conformarse con las mismas letras de la palabra argentino era “ignorante” ¡Sin comentarios!

La anécdota precedente y que tiene ya muchas décadas de linaje, sirve para demostrar que el argentino es el único animal político que tropieza no una, o dos, o tres, si no un sinfín de veces con el mismo obstáculo y reitera ese tropiezo demostrando muy poca capacidad de rectificación. Esta falta de potencia rectificatoria, esta insuficiencia para la corrección de los errores, es una de las razones por las cuales nos encontramos en el punto en el cual estamos. Es decir, que después de haber transitado por los más altos niveles del crecimiento cultural de América, donde alguno de nuestros ministros pudo jactarse legítimamente diciendo que teníamos más maestros que soldados y menos analfabetismo que muchos otros países más antiguos del mundo, hoy nos encontramos en niveles lamentables de subdesarrollo y decadencia.

II.- La gran pregunta que se formulan muchos de nuestros contemporáneos, en especial aquellos que con la mejor buena fe encaran la posibilidad de superar este estado de cosas es la siguiente: ¿puede llegar a ser la educación una “política de estado”? Todos conocemos la intención de elaborar una política de estado, es decir, de colocar por encima del debate partidario y de las polémicas cotidianas algunos puntos fundamentales que hacen al interés general. En el fondo, lo que está en juego, es si la educación debe ser objeto de una política arquitectónica. Empleamos esta expresión, la de “política arquitectónica”, en el sentido aristotélico de la palabra y por oposición a la política

agonal, es decir, aquella limitada a la lucha por la conquista del poder.

La respuesta al tremendo interrogante que envuelve el párrafo anterior no es fácil de ser enunciada. Creeríamos en principio que la respuesta es, sin duda alguna, afirmativa; porque la educación debe ser objeto de una política integral, global, que en definitiva abarque y pretenda la solución de problemas que conciernen a todo y a todos los que están involucrados en el quehacer nacional. Sin embargo, sabemos que frente a esta ilusión, siguen predominando en el ambiente muchos contratiempos que conspiran contra la elaboración, y más que contra la elaboración, contra la práctica y ejecución de una política de ese tipo: me refiero a los *slogans*, a la abundancia de prejuicios, al predominio de los ideologismos, a las afirmaciones dogmáticas que se repiten casi automáticamente y que tanta deformación producen en la necesidad de afirmar y reafirmar una conciencia crítica en quienes se ocupan y preocupan de estos temas.

La dificultad entonces, es algo más que una dificultad. Y me pregunto: ¿estamos ante una imposibilidad de un debate racional en torno al tema? Este interrogante que queda formulado tiene muchos años de presencia incómoda en el discurso de la clase política argentina, que no está todavía en condiciones de dar una respuesta positiva a algo que la sociedad demanda imperiosamente. Yo diría que la sociedad ha avanzado más que la clase política y este es uno de los temas en los cuales los *input* de la sociedad están todavía esperando *outputs* de quienes, a cargo de las responsabilidades, deberían dar las respuestas a las requisitorias pertinentes.

Existe una obvia confusión entre medios y fines. Esta confusión no es sólo patrimonio de determinada generación o de los que tienen cierta edad, o de los que han pasado esa cierta edad, sino que es una confusión general; esto es mucho más grave porque hace más difícil, en definitiva, el restablecimiento del diálogo y la clarificación de las ideas. La confusión entre medios y fines comienza ya cuando, hace muchas décadas, algún agudo observador de la realidad nacional señalaba que uno de nuestros rasgos nacionales estaba dado por el culto al

coraje y el desprecio a la ley ¿Qué quiso decir con esto Juan Agustín García? Quiso señalar que fundamentalmente predominaba lo instintivo y lo irracional por sobre lo cartesiano y lo racional. No tenemos una formación cartesiana suficientemente sólida como para poder anteponer la verdad, por más dura que ella sea, al preconcepto de lo que nosotros entendemos por verdad; que suele ser “mi” verdad, frente a la verdad del “otro”; o nuestra verdad, en contra de la verdad de los otros.

III.- Un ejemplo claro de esta dificultad está en las prevenciones que provoca la invocación del orden. Pero no del orden como exceso de autoridad; no del orden como imposición del poder, sino del orden como una regla del juego indispensable para la convivencia, para el crecimiento en conjunto. Yo entiendo que el orden es el precio de mi mayor libertad. Y lo repito: es el precio que tenemos que pagar para gozar de una mayor libertad y poder así, en definitiva, convertir esa libertad en lo que el gran filósofo Alejandro Korn (1860-1936) llamaba la “libertad creadora”. Sin orden, es decir, en el caos, en la indisciplina, en la existencia de un espontaneísmo irracional, puede haber creatividad; pero esa creatividad se da al mucho más elevado precio de la imposibilidad y el aprovechamiento en común del esfuerzo y de los aportes de todos aquellos que tengan algo que brindar a ese gran olvidado, a ese gran postergado que es el “interés general”, un nombre casi identificado con el valor prioritario del “bien común”.

Sabemos que los roles de la Universidad, como una de las entidades madres de la enseñanza superior, son múltiples. Pueden ser distinguidos los roles de enclaustramiento y los roles de exclaustramiento. Entre los primeros, están la docencia y la investigación. Entre los segundos, es decir entre los de exclaustramiento, entran el servicio social y la extensión universitaria, con todo lo que implica el relacionamiento de esa entidad superior que es la Universidad con el conjunto de la comunidad. Pero todo esto solamente tiene sentido si partimos de una clara concepción respecto de la ubicación que la

Universidad debe tener dentro de las relaciones que vinculan a la sociedad con el estado y a las distintas partes del estado entre sí. Nos hemos cansado de repetir que entendemos a la Universidad con plena autonomía en todo el sentido de la palabra y esto ha sido incluso incorporado en la reforma constitucional de 1994 (Art. 75, inc.19). Son las prácticas, más que las leyes, las que tienen que darnos el perfil definitivo de esa autonomía; pero quede bien en claro que siempre hemos estimado que por tal hay que entender un status que no sea ni el de la isla soberana, ni el de la dependencia administrativa. Entendemos que la Universidad no puede estar al margen del interés nacional, como tampoco puede estar dependiendo del capricho político y circunstancial del gobernante de turno.

En este tema nada puede edificarse si no se tiene en claro la dirección: aquello que los italianos llaman el “*indirizzo*”; y aquí esa dirección está dada por la búsqueda de la excelencia. Por supuesto que no todos entienden por excelencia lo mismo. Para algunos es sinónimo de elitismo, mientras que para otros es sinónimo de exquisitez. Para algunos es sinónimo de búsqueda de la verdad y de profundidad de los conocimientos; mientras que para otros es pérdida de esfuerzos o dilapidación de recursos. Por supuesto, algunos se desinteresan totalmente no sólo por la búsqueda de la excelencia, sino por la suerte misma de las instituciones. Entre ellos, no puedo dejar de mencionar la perversidad de los extremos fundamentalistas, por un lado; y por el otro el desinterés que puedan tener en ciertos momentos históricos los extremistas anarco-mercadistas. Es decir, aquellos que –como la misma expresión lo está indicando- creen que todo, hasta la propia educación, está librada a la suerte de una libre ley de la oferta y la demanda donde no tiene que haber ni criterios rectores; ni políticas de apoyo; ni políticas activas de estímulo; ni –por supuesto, la clave fundamental de todo el tema- que es la necesidad de acrecentar, de estimular y de profundizar la igualdad de oportunidades a efectos de que el derecho de acceso (o la libertad de acceso) sea gozada por el mayor número de quienes estén capacitados para gozar de ese beneficio.

IV.- Es ya una muy trillada y manida sentencia sostener que el gran capital o la riqueza del siglo presente es el conocimiento. Un conocimiento que vale más que la tierra, que vale más que los recursos naturales, que vale más que el trabajo, que vale más que el capital, que vale más que todas aquellas cosas que fueron justipreciadas en los siglos precedentes como las riquezas fundamentales del hombre. En esto todos coinciden y los futurólogos no se han equivocado, porque ya no es un anticipo de futuro; sino que la riqueza del conocimiento es un dato de la realidad presente que nos limita y que nos condicional en forma habitual ¿Pero qué conocimiento? Esto es lo que falta todavía profundizar en el análisis y lograr un consenso o un entendimiento entre todos aquellos que actúan y tienen responsabilidades en el manejo de la educación superior o en la fijación de sus grandes políticas. Por supuesto que el conocimiento no es la mera acumulación de datos, pues para eso están las computadoras, para eso están los reservorios, para eso están los bancos de datos, para eso están todos los alardes de la tecnología. El conocimiento es la conjunción del saber y de la sabiduría que permite, mediante el aprovechamiento de todos los medios, que el adelanto tecnológico ha brindado, poder avanzar hacia la elucubración de un pensamiento que logre, no sólo el mejoramiento físico de las personas, sino también la elevación moral de la humanidad en un momento en que, por desgracia y como bautismo del siglo, vemos que renacen algunos demonios que estaban escondidos en la caja de Pandora y que al abrirse la tapa reaparecen como si nada hubiera pasado. Esto es una advertencia que nuevamente pone sobre el tapete la diferencia entre civilización y cultura. Podemos tener mucha civilización, entendida ésta como dominio del hombre sobre la naturaleza, a través del adelanto técnico; pero podemos tener poca cultura, esto es el dominio del hombre sobre sus instintos a través de la sana razón, de la experiencia y del buen consenso.

Los argentinos nos caracterizamos por la dificultad en conjugar ciertas expresiones que son fundamentales para lograr un avance en cualquier materia. Hay expresiones que las ignoramos olímpicamente, no porque desconozcamos su

importancia o su significado, sino porque manifestamos cierto desdén para una práctica real y efectiva más allá del verso, más allá de la declamación*. Aquí ocurre lo mismo que la diferencia que se da entre derechos y garantías. Cuando los segundos no acompañan a los primeros, los primeros –es decir los derechos– se transforman en meras declaraciones ¿A qué me estoy refiriendo?: a expresiones tales como:

- * Previsión // que conlleva planeamiento
- * Organización // que conllevan gestión y administración
- * Control // que conlleva monitoreo (monitorizar)
- * Responsabilidad // que conlleva penalizaciones

V.- El argentino no organiza; el argentino cree que al iniciar una cosa ésta continua por movimiento propio y no necesita ningún tipo de monitoreo; el argentino cree a medias en el control; pero lo que es peor, cree que todo se termina en el control y no se da cuenta de que el control es la antesala de la responsabilidad. Porque el control sin responsabilidad de nada vale, ya que lo que la sociedad necesita es que, en definitiva, recaigan las sanciones sobre aquellos que no han cumplido con sus deberes o no han hecho el seguimiento de las tareas que le han sido encomendadas. Es la sensación de impunidad más que la de la levedad de las penas –como ya anticipaba Montesquieu–, lo que causa mayor desazón en la sociedad. Y esto ocurre no sólo en materia penal, sino que también lo tenemos presente en materia educacional, que es uno de los aspectos fundamentales desde el punto de vista formativo. No ya del hombre solo y asilado sino del hombre involucrado en su situación de ciudadano, de administrado, de contribuyente, conjugando

* “La riqueza del futuro, la eficiencia energética, los recursos agropecuarios, la próxima generación de fármacos o instrumentos, la comprensión de patologías hoy rebeldes o la aplicación de nuevos procedimientos dependen del conocimiento de hoy. Por todo ello, la reserva estratégica imprescindible para construir un futuro esperanzador es el establecimiento de un fondo de garantía de educación, formación y tecnología” (Conf. Pedro R. García Barreno, catedrático en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid. 11/VI/2014, “El País”)

todos aquellos roles que en definitiva debe cumplir cuando vive en sociedad.

La sociedad argentina ha rendido culto a los títulos. Los títulos nobiliarios quedaron abolidos por la Constitución (art. 16); pero los títulos universitarios y los académicos reemplazaron, en gran parte, esa ausencia del abolengo. Claro está que lo que en su momento parecía suficiente hoy ya no lo es y el reciclaje aparece a la vista como una demanda en torno a la cual no podemos mirar de costado, no podemos ignorarla. La necesidad de la actualización del conocimiento, es decir, ese reciclaje de una formación que ya no concluye con el título sino que, precisamente, se acelera a partir de la obtención del título, constituyendo algo que forma parte de lo que se ha dado en llamar la “aceleración de la historia”. Dentro de ese enorme proceso complejo y confuso de la aceleración de la historia, tenemos que tomar en cuenta que la necesidad de poner al día nuestro conocimiento y nuestro pensamiento, es una necesidad impostergable tanto o más que la necesidad de reciclar aparatos, objetos o procedimientos que utilizamos para otros quehaceres de la vida cotidiana. Si esto no lo entendemos así, estaremos edificando ya un nuevo Muro de Berlín, o si se quiere, fomentando una nueva “cortina de hierro” que ha de separar en dos partes a la civilización, que por obra de la expresión –hoy en boga– de la “globalización” pretende ser única y común para toda la humanidad. Si se prefiere, podemos usar otro lenguaje: habrá un mundo lleno de desarrollo, incluido el desarrollo intelectual, la libertad de acceso, la igualdad de oportunidades y todo lo que permita en definitiva gozar de los beneficios del conocimiento, por un lado; y por otro lado, habrá un mundo subdesarrollado, subadministrado, subconsiderado. En definitiva será la resaca de la humanidad que sólo servirá para prestar mano de obra no especializada, muy barata, muy despreciada en el mercado mundial; y será la nueva vergüenza a la cual este siglo, o este milenio, tendrá que poner el rostro de frente.

Por eso creo, lo refirmo y reafirmo nuevamente, que nuestro grave subdesarrollo es de índole cultural. No estoy negando la importancia de los factores económicos, ni estoy

retaceando todo aquello vinculado con el crecimiento que hace a aspectos puramente materiales de la vida humana. Me estoy refiriendo fundamentalmente a la síntesis cultural que toda sociedad debe exhibir como parte de su “mascarón de proa”, como parte de su fachada, como parte de su interior, como parte de su propio ser, como parte de su integridad y de su integralidad. El desarrollo cultural no es un barniz, no es un aspecto externo, es en definitiva una columna vertebral que irradia y explicita a través de diversos epifenómenos y de manifestaciones externas todo lo que es parte constitutiva de una determinada manera de ser. No creo en “el fin de las ideologías” que anticipó Bell y se equivocó; tampoco creo en “el fin de la historia” que anticipó Fukuyama, predicción de la cual ya se ha rectificado. Creo en definitiva que más allá de lo que el término globalización pretenda abarcar en tiempos presentes, seguiremos asistiendo a variedades, a diversidades, a multiplicidades; y lo importante es avanzar, crecer, subir, desarrollarse y llegar –en última instancia- a la posibilidad de tener los grados de desarrollo que en estas mismas materias tuvimos precisamente cuando hace más de cien años, a comienzos del siglo que ya ha vencido, nos encontrábamos entre los primeros países del mundo.

VI.- Párrafo especial merece el tema de la investigación ya que es una de las tareas de enclaustramiento de la universidad y por lo tanto uno de los tópicos fundamentales de la enseñanza superior. Sabemos que hay una investigación pura y que de ella se desprende luego una investigación aplicada. La Argentina está entre los países que menos invierte en la investigación pura y esto se debe no sólo a una política que llevan adelante los órganos del estado, sino a un grado de inconsciencia de la sociedad toda, que no le atribuye importancia a la investigación pura. Esto aumenta el grado de dependencia con respecto a los grandes países del mundo creadores y estimuladores de la investigación pura, a los que tenemos que apelar cada vez que necesitamos elementos e insumos para poder realizar investigación aplicada y desarrollar nuestra tecnología con un sentido productivo. La investigación pura debe estar

fundamentalmente en manos de los órganos superiores de la educación. No cualquiera puede realizar investigación pura, ni tampoco cualquiera puede fijar los límites o puede fijar criterios únicos y excluyentes en cuanto a objetos, temas y orientaciones. Si hay un ámbito de la libertad, ese ámbito es el de la investigación pura. ¡Cuántos inventos, cuántos descubrimientos se llegaron a producir, no por casualidad; pero sí con motivo y en oportunidad de una investigación pura que en la intención de sus autores apuntaba a otros objetivos y que, sin embargo, derivó en descubrimientos asombrosos! La Argentina no toma conciencia de esto y la sociedad no apoya. Los sectores privados no invierten prácticamente en investigación pura; porque cada vez se fijan más en la importación (legal o “pirateada”) de esa investigación pura, porque en realidad y como parte de la “desmantelación” del aparato productivo del país, ha surgido también el defecto de un desinterés por la investigación pura. Y esta es realmente una posición ciega, una posición propia de no videntes en torno a lo que deben ser las prioridades en materia de investigación en un país.

La mera lectura de los diarios en las secciones pertinentes de empleo o de actividades profesionales, nos revela la situación dramática en la que se encuentran las nuevas generaciones alrededor de la salida laboral que sus títulos universitarios o superiores puedan otorgarles. Yo observo una doble diferencia cualitativa y cuantitativa. Y esta doble diferencia está registrada en la crueldad de la demanda con que aparecen esos avisos requiriendo personal universitario especializado. Desde el punto de vista cuantitativo las edades toques van disminuyendo. Antes eran cuarenta años como máximo o treinta y cinco, más tarde treinta, en la actualidad veintiséis o veintisiete. Lo cual nos está indicando que una persona de veinticinco años está próxima a ser un viejo, es decir un caduco desde el punto de vista de sus oportunidades en salida laboral. Desde el punto de partida cualitativo los requisitos son cada vez mayores. Ya no sólo se exigen títulos y experiencias locales, ya no sólo se exigen idiomas o conocimientos de computación; sino que fundamentalmente aparecen nuevos elementos como el título de posgrado obtenido

en una universidad del exterior. Y subrayo lo del “exterior” para indicar la poca fe que se tiene –probablemente por parte de los empleadores- en los títulos nacionales. Y la experiencia laboral en el exterior: subrayo nuevamente lo del exterior como una exigencia post universitaria, pero previa a la admisión en un trabajo de envergadura en nuestro país. La pregunta que salta a la vista es cuántos jóvenes, que promedien los veinticinco años, están en condiciones de reunir todos estos requisitos. Estamos frente a un cuello de botella muy angosto, el que sólo pueden transitar los que ya están dentro del sistema, los que ya han obtenido alguna posición y que mediante este juego de la oferta y la demanda, pueden mejorarla. Sólo tienen cabida los que están ocupando posiciones; o sea que no es para que entren más y nuevos elementos sino para que mejoren su posición los que ya han entrado. ¿Y los que no entraron?, nos preguntamos. Respuesta: están sometidos a una ley darwiniana, están sometidos a una indiferencia total por parte de la sociedad; están librados a una suerte canibalesca en la cual sólo se salvarán aquellos que tengan realmente una inteligencia diferencial o una suerte particular que los coloque en la posibilidad de acceder a posiciones dominantes. El resto desaparecerá indefectiblemente, salvo que luchen a los codazos y “a los ponchazos” (o sea, de la mejor manera posible y con esfuerzo, dentro de la falta de medios o recursos) (Conf. DRAE).

VII.- Por último quisiera formular en este breve planteo dos reflexiones. Una sobre el problema cultural y axiológico de los argentinos. Debemos poner término a la vieja opción de las prioridades en torno a si todo esto ¿es gasto o es inversión? Mientras siga en manos de criterios contables, mientras siga en manos de criterios financieros, mientras siga en manos de criterios presupuestaristas será considerado simplemente un gasto. Sólo cuando tomen intervención en esto los hombres de la cultura, los estadistas, los académicos, los hombres de universidad y de la universalidad, se comprenderá que esto es inversión. Una inversión que debe ser bien aprovechada y en esto debe acompañar la juventud, que son los destinatarios de esta inversión y que no deben malversarla, ni deben desviarla a

través de divertimentos, dilaciones o evasiones que impidan el aprovechamiento de recursos que son tan difíciles de obtener en un estado carenciado como es el nuestro. Creo que no hay una conciencia social al respecto y que en definitiva estamos muchas veces predicando en el desierto: que ese desierto en el cual estamos inmersos es una sociedad, la sociedad argentina, compuesta predominantemente de fenicios y de hedonistas. No quiero ser ofensivo hacia mis connacionales, simplemente saco una fotografía de la realidad. Y como soy optimista, digo: bienvenidos sean los inversionistas que con sus emprendimientos, antes productivos que especulativos, abran las puertas a nuevas y más oportunidades creativas.

La otra observación o comentario a esta breve exposición es la incitación y la invitación al cambio. O cambiamos o la Argentina será el escenario permanente de un suicidio colectivo. No quiero que estas palabras sean leídas o sean escuchadas como las de un agorero, como las de un escéptico, o como las de alguien que ha perdido la fe en su patria y en su sociedad. Son simplemente un llamado de atención. Venimos suicidándonos desde hace mucho tiempo. La auto-inmolación nacional no es una crónica anunciada, sino que es la crónica de un proceso ya iniciado y que está en vías de crecimiento en la medida en que no se rectifique el rumbo. Y vuelvo a la advertencia inicial. ¿Será que los argentinos somos los únicos que no nos rectificamos? ¿Será que los argentinos somos los únicos que tropezamos muchas y muchas veces con un mismo obstáculo y seguimos repitiendo y reincidiendo en el error? Espero que la respuesta la den los protagonistas y la den a la brevedad. Creo que hay un proceso de maduración, pues noto una reacción creciente tanto en los detentadores como en los destinatarios del poder cultural de nuestro país. Hace falta, eso sí, que los que ocupan roles de dirigentes, que pretenden ser “caudillos” en esta materia, tiren por la borda los dogmas, los prejuicios, los *slogans* y los apetitos personales y se ocupen de una vez por todas del bien común, del interés general o de eso que estaba ya en el Preámbulo de la Constitución Histórica de los argentinos que es el “bienestar general”. No fue una expresión demagógica de los hombres de 1853/1860, sino que

fue una afirmación de valores prioritarios y de fines que, junto con la libertad, con la paz, con la unión, con la defensa común y la justicia, hacían referencia al patrimonio de todos los argentinos y –conviene recordarlo– de todos los hombres del mundo que quisieran habitar el suelo argentino. Para que aquella ilusión del siglo XIX prosiga como un elemento motivante y dinamizador en el siglo que se inició hace tres lustros, es menester modernizar a la dirigencia. No sólo por dirigencia entiendo a los que ocupan cargos en el estado, me refiero también a los dirigentes sociales. Empezando por los dirigentes políticos, los estudiantiles, los dirigentes empresariales, los dirigentes sindicales, los dirigentes de todas aquellas entidades intermedias que tienen –obviamente– mucho que decir y bastante les falta por hacer en materia de educación y cultura, de ciencia e investigación, y de inculcación de los valores superiores en particular. Creer que este es un tema únicamente librado a los especialistas es un error. Porque este es un tema de conciencia social. Por lo tanto nos concierne a todos, porque todos estamos involucrados en algo que si no cambia a tiempo lleva entonces a esa fatalidad, a la que de todos modos trataremos de evitar en la medida de nuestras posibilidades. El desafío está allí, el debate está abierto, los protagonistas están en el escenario y la Argentina ha iniciado no sólo un nuevo milenio y un nuevo siglo, sino también que va hacia una nueva etapa de su vida política y social. Se espera un nuevo lenguaje, se esperan nuevas respuestas, se esperan nuevas actitudes y sobre todo, lo que se aguarda es que terminen las farsas, los engaños, los dobles discursos, las demagogias baratas, el “chanterío” reiterado de una mediocridad que se suele expansionar desde y hacia otros países y que nos ha sumido en el profundo subsuelo de los que habiendo sido en su momento promesa de crecimiento en la humanidad, en definitiva se transformaron en un rezago. Hay que espantar esos estigmas, para vivir en aquello que fue el orgullo de los abuelos y los padres, como el orgullo de bisabuelos y de todos los que en su momento vinieron a la Argentina o nacieron en la Argentina; y que en esa Argentina obtuvieron las herramientas y los medios para que pudiéramos ser un país con

varios premios Nobel, una nación ponderada por los grandes éxitos individuales más allá de nuestros frustrantes fracasos colectivos, que son los que en definitiva nos han causado un desánimo colectivo.

En síntesis, es nuestro deber saber sobreponerse a la infección de la pereza mental que nos ha obnubilado frente a los datos de la realidad. La desidia fue mala consejera y del tedio o descuido se puede saltar desde la anemia a la pandemia, para quedar paralizados por la abulia de la dejación. Y tomemos en cuenta lo que alguna vez advirtió Platón: “que el precio de no implicarse es ser gobernado por tus inferiores”.